JOSE MARIA VALVERDE

VOCES Y ACOMPAÑAMIENTOS PARA SAN MATEO

I.—PANES Y PECES

(Mat., XIV, 13-22)

—No lo quise creer: aquella huída
en la barca de pesca, por el lago
manso, en que ya se oían los vecinos
pasos de la penumbra de los cerros.
Se fué a meter detrás del horizonte
dejándonos pedazos de su surco
traídos por las ondas diminutas.
El estómago lleno, cinco mil
varones le llamaban, advirtiendo
tarde la fuga. Yo lloré de rabia:
¿Para comer le habíamos seguido?

Entre el gozo de todos, repasaba
mi sorpresa: yo vi de pronto aquellos
peces doblarse de la nada, de una
mano a la otra, repetidos. Cuando
lo dije y me escucharon, ya era tarde:
el rey se había ido. No era aquella
nuestra hambre vieja, del abuelo al nieto,
del antiguo desierto y los ayunos
de esclavos: no de pan ni de pescado,
sino del Anunciado, el Rey de Gloria,
igual que una venganza de esplendor,
y un trueno de dulzura.
Y se nos iba
hacia un misterio, y señalaba hacia otro
sitio, tal vez hacia otros largos siglos
de orfandad errabunda. Separado
del aturdido júbilo de aquéllos,
hartos por el momento, me detuve
donde él antes comió, a la cabecera

de la hierba. Y había doce cestos
de sobras. Con el hueco de los dientes
cansados, los pedazos, todavía
trascendían a cuerpo, cada uno
de un hombre; casi fueran absorbidos
hacia casas y huertas, en un chorro
de sangre. Pero estaban como trozos
de pan y de pescado, simplemente:
fosforescencia en chispas irisadas
sobre la pulpa en lascas, tersas, como
espejos de milagro entre las rotas
espinas y lo informe masticado;
henchido material de pura vida,
intacta por los siglos de las aguas,
fibras sin sol, virgínea palidez
destripada entre mimbres, al contacto
de la cruel luz del día, sacrificio
de lo que se fundó para el secreto
de la tiniebla natural: los peces
a ciegas devorándose entre sí,
sin el mundo de fuera, en frío eterno,
como un sueño sin ruido y sin testigo.
Y su helada inocencia, allí violada
en matrimonio seco, con el pobre
pan, hermano del polvo del camino,
de la tierra amasada con los pasos
y rota en el esfuerzo, pero cada
mendrugo con su cara: quemaduras
de hornos que no existieron, más o menos
revenidos, como si se llamaran
con nombres personales, y no obstante
apócrifos, salidos del vacío
creador, con sus poros replegados
en secreto, tan bien como si hubieran
nacido para hacer de flor abierta,
sin sentido y perfectos, y el olor

a piel sudosa en su interior perdido,
quién sabe en qué cavernas de la miga;
un hábito de campos nunca vistos,
vientos que no existieron; todo esto,
las sobras de la nada, el desperdicio
del prodigio, el montón tranquilo en doce
cestas monstruosas como doce bestias,
me obligó a arrodillarme —para ver
más de cerca— y callé, y temblé mirando.

Temí por nuestro reino, y la esperanza
nómada; aquellas sobras, en inútil
lujo de rancho pobre, parecían
un fatídico escrito: me extraviaba
considerando el tacto de la escama,
la luz de las cortezas, los olores,
deslumbrado de cosas, de creación,
y me quedé parado en tal palabra
tosca de Dios, el don de ese Mesías
que no vino a decir lo que aguardábamos,
sino el pan, y los peces, y los cielos.

II.—*RETRATO DE JOSE CORONEL URTECHO*

Alguna vez, en tierras de costumbres brumosas,
buscando en las estampas de nuestro mundo un poco
de sorpresa y fortuna, del cielo y de sus cosas,
encuentro este retrato que avaramente evoco.

Absurdo que así sea: hombre vivido y puro,
niño o payaso oculto tras su misma semblanza,
en su traje arrastrado y su peso maduro,
riéndose al llevar su principio de panza.

Igual que un farol rojo, se le alumbra la cara
al hablar, y su dedo sigue la melodía

de su palabra mágica, como si la pintara,
por el aire girando, vuelto sabiduría.

Vive junto a la selva, junto a un río gigante,
donde, entre aullar de monos, piensa y cuida su verso;
ve la tierra, el tractor y la vida distante,
y va quemando en voz la paz de su universo.

Pero alguien cuida, mientras, de su desvalimiento
de contemplador, alguien su desorden aliña:
su María, incansable y maternal sustento,
María, de piel áspera y corazón de niña.

Sí, José Coronel, cuando desde tu orilla
cruzaste nuestro mundo de empleo y de desgana,
trajiste una moneda de Dios, que suena y brilla
a otra alegría, al seno de donde la luz mana.

III.—RESUCITADO EN LA TIERRA

(Mat., XXVIII, 9-10.)

—Mucho tiempo he tenido un cuerpo triste,
el traje de trabajo humano: ahora
voy estrenando el traje del domingo
que todos llevarán, resucitados.
El mío es el primero: me lo pruebo
despacio, solitario, acostumbrándome
ante el espejo inmenso de los montes
y el mar y el cielo, atónitos, callados.
Los árboles, los pájaros, las piedras
se estremecen al verme: ¿ya es la hora
de encenderse también, dejar la queja,
su hundido afán, su llanto de materia,
y ser gloria final en mi reinado
para que el mundo muera luego en paz?

Ya estaba encariñado con el otro
cuerpo: viejo, arrugado, con que el alma
creció en acuerdo dulce de avenirse
a las miserias mutuas, apegándose
a cada rozadura de la vida
como en unos zapatos convividos.
Pero ahora le premio en nuevo ser.

Esta es la misma barba que ha brotado
como la zarza en la vereda, intacta,
turbia de sol, de polvo, de sequía;
hoy es el cerco de mi gloria, donde
se esfuma lentamente mi fulgor.
Aquí siguen mis pies, casi de leño
a fuerza de caminos, ya invadidos
de piedra, en callo duro, minerales
que entran por mi sustancia y me hacen árbol;
ahora la tierra en ellos se humedece
de cielo y luz, y aprende así a esperar.
Aquí tengo mi cuerpo, sordo y blanco,
como un pan escondido en la alacena,
mi ciudad minuciosa de canales
y plazas, y aire y juegos, siempre en vela:
laborioso, descansa y goza ahora,
buen obrero en su fiesta, y queda sólo
entregado a su hermosa perfección,
hecho un himno de huesos bien trabados,
y carne que parece de alma, a fuerza
de saberse hacer justa, en cada sitio,
como debe de ser: ya se ha hecho música,
un canto de colores y de espacio
que ante mi Padre siempre quedará.

Los ojos que me vieran, cegarían:
tendré que disfrazarme, y apagando
mi luz, saldré del bosque de mi gloria:

iré a comer con mis hermanos tristes
y así verán que no soy un fantasma,
un espíritu viudo entre las brisas.
Allí les dejaré mi testamento:
mi palabra en sus manos, que la esparzan,
el abrazo final, sin hablar casi:
no les deslumbre y mate mi secreto,
mis alas y mi risa de inmortal.

IV.—*EL GRAN VIAJE*

Algún país he visto que ni soñado hubiera;
me he sentado, he comido en otra tierra rara
queriendo convencerme de que era verdadera,
y he visto pasar gente de otra luz en la cara.

Alguna vez un monte que no estaba previsto
en mis mapas de niño, me salía al camino;
o un puerto con su barrio de redes nunca visto
venía a aleccionarme con el olor marino.

Pero siempre mis ojos se herían a su paso
de inquietud o recuerdo: el amor unos días
de soledad pintaba las piedras de un ocaso,
o el miedo a lo posible nublaba lejanías.

No sé si habrá algún tiempo en que mire tranquilo
el mundo, de mañanas y tardes coronado;
no sé si habrá más días tras los años en vilo
y podré ver de veras qué es una flor y un prado.

Pero espero tener al terminar la vida,
para empezar la gloria, miradas más serenas;
que me lleven al viaje de eterna despedida
de las cosas que tanto me dolieron, ya buenas.

Yo no iré a preguntar por qué el sol calentaba,
por qué baila tan justo el planeta en su polo,
pero sí querré ver los valles que soñaba,
las calas donde el mar chapotea muy solo.

Sobre unas anchas alas de robustez y gloria,
quietas, como el avión que no tiembla en la altura
iré, ya sin dolor ni peso de memoria,
a mirar de verdad su piel a la llanura.

Así será el principio de Dios: lo que primero
me dejará mirarle subiendo en alborada,
creciendo en cada estampa su hiriente reverbero,
hasta que la memoria se vuelva llamarada.

José María Valverde.
Vergara, 40.
SAN CUGAT (Barcelona).